

**LA CONSTRUCCIÓN OCCIDENTAL
DE LA FIGURA DEL ENEMIGO ISLÁMICO.
LA NUEVA HEGEMONÍA DE ESTADOS UNIDOS**

Florencia Beltrame
Universidad de Buenos Aires

Introducción

El presente trabajo consta de tres partes. La primera se centra en ver los cambios que se generaron en torno a la figura del árabe en el mundo occidental. La categoría de orientalismo nos permitirá ver cómo se construyó un discurso y una imagen en torno al sujeto árabe-musulmán, estableciéndose una diferenciación de un “nosotros” que remite a Occidente frente a un “otro” que remite a Oriente. La segunda parte consistirá en analizar cómo desde el surgimiento del fenómeno de Al Qaeda se materializa la imagen del enemigo de Estados Unidos, una imagen concretada en la figura de Bin Laden, y a partir de esto se declara una guerra contra el terrorismo. La tercera parte incluye la invasión a Irak por Estados Unidos y la ejecución de Saddam Hussein, enmarcada en la lucha global contra el terrorismo anunciada por los Estados Unidos luego de los atentados del 11 de septiembre de 2001.

Los interrogantes que hilan el itinerario expuesto son: cómo se empezó a construir la figura del árabe musulmán como enemigo, cómo se empezó a instituir a Oriente como “lo otro”, qué cambios hubo en la figura del árabe a partir de la Guerra del Golfo, qué

cambios hubo en relación al discurso de EEUU al momento del surgimiento de Al Qaeda y cómo y por qué se comenzó a vincular a Saddam Hussein con Al Qaeda.

Desde la caída del Imperio Otomano y hasta la actualidad, el mundo árabe ha sido escenario de numerosos conflictos, y ha sido a su vez objeto de múltiples discursos. Un somero repaso de la historia nos lleva a dar cuenta de cómo las distintas potencias occidentales han construido un determinado saber sobre Oriente. Podríamos afirmar que “la relación entre Occidente y Oriente es una relación de poder, y de complicada dominación” (Said, 1990: 24), esta relación de poder permitió que se haya constituido al sujeto árabe musulmán a través de una serie de enunciados que han forjado un discurso en torno a aquél. Lo que aquí nos interesa es la manera en que el sujeto árabe musulmán se comenzó a perfilar, especialmente luego de la segunda guerra mundial y las guerras arabo-israelíes [1], en una amenaza para el mundo occidental (Said, 1990).

Debemos aclarar que si bien se concibe a este sujeto árabe como una homogeneidad; dicho discurso sobre él no ha sido homogéneo a lo largo del tiempo, sino que más bien responde a las diversas transformaciones que se produjeron (y se siguen produciendo) en las relaciones de fuerza entre Oriente y Occidente. Para ello, veremos cómo se fue construyendo, a través de determinados sucesos históricos, una imagen determinada de los árabes y del Islam. En este sentido, analizaremos cómo dicha construcción responde a las condiciones de posibilidad de que emerjan ciertos enunciados que forman un discurso sobre y acerca de Oriente.

Sobre el concepto de “orientalismo”

Edward Said utiliza el término “orientalismo” para dar cuenta del modo en que Occidente se relaciona con Oriente, y que desde una posición de autoridad le permitió desde un principio forjar una representación de *lo oriental* (en tanto objeto) y *el oriental* (en tanto sujeto). Dicho autor plantea un estudio de la genealogía de las ideas occidentales preconcebidas sobre Oriente y el Islam.

De esta forma, el orientalismo constituye un discurso, es decir, una multiplicidad de enunciados efectivamente dichos (Foucault, 2002) sobre *lo oriental*, los cuales ejercen ciertos efectos de poder, y de los cuales resulta una determinada construcción del sujeto

árabe musulmán. Dicho término hace referencia a una disciplina sistemática que desde la cultura europea se ha utilizado en pos de manipular y/o dirigir política, ideológica, militar y hasta sociológicamente a Oriente.

Said (1990) parte del supuesto de que entre Occidente y Oriente existen determinadas relaciones de poder que se han ido transformando a lo largo del tiempo y propone en esta línea un estudio del saber que Occidente ha construido sobre Oriente. De esta manera y sin pretender caer en un análisis cultural, el término *orientalismo* nos muestra el modo en que Occidente constituyó a Oriente como “lo otro”, dejando establecida una diferenciación de un “nosotros” (Occidente) frente a un “otros” (Oriente). Aquí, la figura de “lo otro” adquiere características negativas, pues Occidente se define a partir de esta diferenciación, esto es, en contraposición a Oriente.

Hablar de *orientalismo* remite, por tanto, a un proyecto o una empresa cultural (en principio británica y francesa), pues en cierta medida la cultura europea se forjó de una identidad al articularse a sí misma en detrimento a Oriente, en tanto que éste representa lo inferior y lo incivilizado. El concepto de *orientalismo* está conformado por una multiplicidad de elementos discursivos que en sus relaciones de acoplamiento y de enfrentamiento funcionan como un “esquema” que organiza, elimina, separa, califica, el pensamiento en torno a Oriente (Foucault, 2002). Se trata de una noción que narra la historia de Occidente en contraposición con aquélla de Oriente y construye un relato de continuidad histórica en el que Occidente aparece esencialmente como un eterno protector y patrocinador de los valores verdaderos, racionales y universales.

Tal discurso alberga la construcción de un saber que incluye no sólo relatos históricos, sino también imágenes y representaciones no aleatorias ni inocentes que, en última instancia, responden a una red de intereses por parte de quien lo enuncia, primeramente Francia y Gran Bretaña y posteriormente Estados Unidos. Este esquema de pensamiento se basa en una visión simplista que no contempla el dinamismo, la heterogeneidad y complejidad de la realidad. Es por ello que el *orientalismo* tiene un componente político destinado a subrayar la superioridad de Occidente sobre Oriente. Estas divisiones son arquetipos que, a pesar de su nula solidez intelectual, han funcionado a lo largo de la historia y se siguen utilizando en el presente.

Del predominio de Francia y Gran Bretaña a la hegemonía de EEUU

La relación de predominio sobre Oriente es un proceso que tiene inicio en el siglo XIX con la hegemonía de Francia y Gran Bretaña sobre la región. Recordemos que el Imperio Otomano, evidenciando su debilidad, había dado paso progresivo al colonialismo anglo-francés con las Capitulaciones que sustraían a la comunidad cristiana del Imperio de su protección en pos de la de la alianza anglo-francesa. Mientras Francia apostaba a generar diversidad cultural interna en sus colonias, Gran Bretaña prestaba apoyo a la emancipación de las provincias imperiales para la conformación de un Reino Árabe Unido —que se extendiese por todo el Creciente Fértil y la península Arábiga— a condición de la cooperación árabe contra el Imperio turco-otomano en pos de sus intereses geoestratégicos en la región.

Como ya hemos adelantado, para entender los cambios respecto de la figura del árabe, debemos ver qué transformaciones se estaban produciendo a nivel internacional y regional. Que el árabe se profile como una nueva amenaza para Occidente responde en cierta medida al cambio producido, luego de la Segunda Guerra Mundial, en la configuración internacional de las relaciones de fuerzas. “Desde el comienzo del siglo XIX, y hasta fin de la Segunda Guerra mundial, Francia y Gran Bretaña dominaron Oriente y el orientalismo; desde la Segunda Guerra Mundial, América ha dominado Oriente y se relaciona con él del mismo modo en que Francia y Gran Bretaña lo hicieron en otra época” (Said, 1990: 22). Mientras Gran Bretaña y Francia habían comenzado con la explotación de recursos petrolíferos, estratégicos y humanos en la región de Medio Oriente; EEUU se preparaba para desplegar su nuevo papel como potencia dominante luego de la guerra.

A nivel regional vemos que desde la hegemonía anglo-francesa se había generado un proceso de imposición de valores ideológico-políticos foráneos desde la metrópolis y estos fueron imitados en cierta medida por las elites nativas en los sistemas democrático-liberales, sin verdadero eco en la sociedad árabe (Martín Muñoz, 1999). Ahora bien, “sólo en la segunda mitad del siglo XIX empezarán a transformarse las antiguas clases feudales en grandes propietarios capitalistas que producen para el mercado mundial” (Amín, 1986: 243), facilitando la inexistencia de una burguesía

nacional industrial que encabezaría los movimientos de formación de Estados nacionales e independientes y que le disputaría el poder a los grupos familiares tradicionales en continua disputa. Será ésta la situación que intentaron modificar los movimientos nacionalistas tras la Segunda Guerra Mundial. Así es que emergió una nueva generación con una base social conformada por las clases medias cultas urbanas beneficiadas por la expansión de la educación durante el período anterior e instaurarían gobiernos de corte nacionalista [2].

A mediados del siglo XIX en Europa existía una industria de conocimiento consolidada, desde donde se elaboraron una multiplicidad de textos que se difundían y promovían a través de las instituciones europeas. Said plantea que desde aquí el *orientalismo* se instaló de los claustros universitarios que fomentados por un crecimiento de las actividades de investigación, comenzaron a realizar estudios sobre las sociedades árabes-musulmanas. En este marco y luego de la Segunda Guerra Mundial, se comienza a percibir un notable incremento de estudios americanos sobre la región de Medio Oriente. Desde entonces la figura del árabe comienza cada vez más a aparecer de diversos modos (como televisión, revistas, periódicos) en la “cultura americana”. En este punto cabe preguntarse por qué la imagen del árabe comienza a ser representada de modo peyorativo en diversos ámbitos norteamericanos, o quizás también en qué medida esto mismo contribuyó a forjar dicha figura del árabe como un *otro incivilizado* para la “comunidad internacional”.

La imagen del árabe-musulmán comienza a ser presentada con elementos descalificantes. En la televisión y el cine norteamericano, vemos representado al árabe dentro de unos parámetros peyorativos: traidor, violento, deshonesto, delincuente, amoral. Así se favorece la creación de un estereotipo negativo, y ello está relacionado con el discurso que buena parte de Occidente tiene respecto a Oriente, como un supuesto lugar donde proliferan el terrorismo y el fanatismo. El *orientalismo*, además, sostiene la idea de que Oriente no se puede interpretar a sí mismo, un convencimiento que lleva a Occidente a establecer figuras estereotipadas sobre los árabes.

La Guerra del Golfo: un punto de inflexión

Si tras de la Segunda Guerra Mundial los estándares teñidos de prejuicios sobre Oriente como enemigo de Occidente eran difusos, con la aparición de Al Qaeda y el fenómeno del terrorismo internacional esta figura se ha materializado con nitidez. Veamos el contexto previo a los atentados del 11 de septiembre de 2001. Hay autores (por ejemplo Brieger, 2006) que sostienen que la Guerra del Golfo de 1991 constituye un punto de inflexión al marco un cambio de la situación política —regional y mundial— que facilitó la aparición en escena de Bin Laden.

El 2 de agosto de 1990 Irak invade Kuwait. Más allá del discurso oficial del régimen iraquí, que consideraba históricamente a Kuwait como un distrito dentro de la provincia de Basora, los motivos subyacentes de esta ocupación residen en necesidades e intereses económicos, así como razones políticas y estratégicas. Saddam Hussein aspiraba a lograr un mayor peso en la política árabe de la región, y es en tal sentido donde cabe encuadrar sus apelaciones a la cuestión palestina. Por otra parte, y no menos importante, era la deuda que le había dejado su larga guerra de 8 años con Irán, y cuyo principal deudor era Kuwait. El líder iraquí se equivocó al pensar que su acción en contra del país vecino tendría aprobación absoluta o que, de lo contrario, saldría airoso del conflicto.

Tras cinco meses de crisis la problemática del Golfo, había traspasado los límites regionales y se había instalado como la cuestión más importante de la escena mundial. Estados Unidos, con presencia militar consolidada en la zona, exige la inmediata retirada iraquí. El Consejo de Seguridad de la ONU autorizó el uso de la fuerza para que Irak abandonara Kuwait. Sólo habían pasado dos años desde la caída del Muro de Berlín, así que la Guerra del Golfo —avalada por la legalidad internacional— supuso un cambio crucial en las relaciones de poder: Estados Unidos asumía el rol de única potencia hegemónica e indiscutida potencia militar.

En esta reconfiguración de las relaciones de fuerzas mundiales, hay un relativo declive del poderío económico norteamericano respecto a sus competidores más notables, esto es, Alemania y Japón. Según Chomsky (1992: 260), “estamos ante un orden mundial nuevo (...), con una sola superpotencia militar, con tres centros económicos fundamentales y con una nueva zona explotable”. Bajo este escenario, EEUU pretendía

reforzar su influencia sobre Oriente Medio. Un tablero geoestratégico donde el petróleo juega un papel fundamental, sobre todo su mercado. El “Nuevo Orden Mundial” en ciernes llevaba aparejado el control de los recursos energéticos, y eso se iba a evidenciar a través del dominio estadounidense como superpotencia militar (Mesa Delmonte, 1991).

La Guerra del Golfo responde a este esquema político. Al haber caducado la amenaza comunista, la retaguardia ideológica que se estableció como equivalente funcional fue Saddam Hussein. La demonización de su figura, a la que él mismo contribuyó como dictador sanguinario, se fundó en estereotipos y caracterizaciones repetidas hasta la saciedad, incluso en el cine. Todo hasta conseguir situar su nombre como el principal enemigo a batir y gran desestabilizador de la paz mundial. En paralelo y ya desaparecida la Unión Soviética, el Islam queda señalado como la amenaza más peligrosa para Occidente (Brieger, 2006).

Los atentados del 11 de septiembre: la cristalización del enemigo

George Bush al llegar a la Presidencia de Estados Unidos se propone recuperar el legado de su padre y enterrar muchos de los proyectos iniciados por Bill Clinton. El ataque terrorista derribó la Torres Gemelas de Nueva York, el 11 de septiembre de 2001 precipitó esa agenda. El orden mundial unipolar cimentado años antes y tutelado por Estados Unidos se venía abajo. La seguridad pasó a ser el tema prioritario en detrimento de los asuntos económicos, sociales y culturales (Montoya, 2005).

La dureza de los atentados, no sólo por la cantidad de víctimas, sino por el carácter estratégico de los objetivos atacados, causó un inmenso golpe en la primera potencia del planeta. La Casa Blanca se vio obligada a buscar culpables, y el dedo acusador se dirigió al mundo árabe. Emergió entonces la figura del terrorista Osama Bin Laden para convertirse de inmediato en el nuevo enemigo de Occidente. Su red de suicidas obsesionados con golpear a Estados Unidos y sus aliados pasó a ocupar todas las portadas.

Días después de los atentados, Bush declaró:

“El 11 de septiembre los enemigos de nuestra libertad cometieron un acto de guerra contra nuestro país. Los norteamericanos sabemos lo que es la guerra (...) Los norteamericanos hemos conocido las víctimas de guerras, pero no en el centro de una gran ciudad, en una mañana apacible. Los norteamericanos hemos sufrido ataques por sorpresa, pero nunca contra miles de civiles. Todo esto nos fue infligido en un solo día, y a la noche éramos un mundo diferente, un mundo en el que la libertad misma está siendo atacada (...) Todas las pruebas que hemos reunido apuntan a una serie de organizaciones terroristas informalmente afiliadas conocidas como Al Qaeda.” [3]

A partir de ahí, todos los discursos de Bush tendrán como eje central la denominada ‘guerra contra el terrorismo’. Siempre bajo una retórica de lucha entre el Bien y el Mal, con mayúsculas, que ya estaba implícita en los discursos de Bush padre pero que ahora se hace absolutamente explícita. El terrorismo de raíz islamista pasa a ocupar el primer lugar de todas las agendas políticas. Es una guerra diferente, sin precedentes, que obliga a modificar protocolos de seguridad e incluso sacar adelante leyes de dudosa apariencia democrática. A fin de cuentas, se trataba de combatir contra “un enemigo distinto a cualquier otro” [4].

Apenas un mes después de los atentados, Estados Unidos lanzó su poderío militar contra Afganistán para derribar su régimen talibán, que supuestamente daba resguardo a Bin Laden. Se ha especulado mucho sobre la relevancia de Al Qaeda, pero lo cierto es que sabemos poco de esta organización. Lo que sí coinciden la mayoría de analistas es que la política exterior de Estados Unidos de estos años y en el pasado reciente, en especial en Oriente Medio, ha aumentado el apoyo que estos grupos terroristas tienen en ciertas regiones. Su presencia militar permanente, su visión parcial del problema palestino, han alimentado odios que en algunos casos han beneficiado a Al Qaeda y que, en todo caso, han provocado un rechazo generalizado hacia Estados Unidos en el mundo árabe.

“Todas las naciones en todas las regiones deben tomar ahora una decisión: o están con nosotros o están con los terroristas” (en Montoya, 2003: 118). Es la palabra de Bush y su gabinete, es la línea oficial del Departamento de Estado. Una retaguardia ideológica basada en los valores que representan el ‘mundo civilizado’ frente a las amenazas de la

barbarie islamista. Estos maniqueísmos permitieron a Estados Unidos llevar a cabo una lucha global contra el terrorismo que contemplaba todas las posibilidades, desde operaciones secretas de los Servicios de Inteligencia hasta los bombardeos más sanguinarios que arrasaban ciudades enteras. La *demonización* del enemigo, iniciada años atrás con Saddam Hussein, ya era un hecho consumado.

La invasión de Irak y el fin de Saddam

Tras Afganistán, la guerra global contra el terrorismo hace parada en Irak. Es el año 2003. El objetivo era acabar con las conexiones terroristas y asegurar la paz en el mundo (Zidane, 2004). La justificación concreta: vincular la red Al Qaeda con el régimen de Saddam Hussein. El Eje del Mal se confabulaba en Bagdad y la Administración de Bush no lo iba a permitir.

“El régimen tiene un historial de agresiones brutales en Oriente Medio. Siente un profundo odio hacia Estados Unidos y nuestros amigos y ha ayudado, entrenado y albergado a terroristas, incluyendo a miembros de Al Qaeda (...) Estados Unidos de América tiene la autoridad soberana de usar la fuerza para proteger su propia seguridad nacional” [5]

La justificación estaba servida, nuevamente el discurso estereotipado de enemigo árabe como figura amenazante de la seguridad mundial y nuevamente la necesidad de intervenir para estabilizar una zona en permanente conflicto. Así lo proclamaba Bush ante Naciones Unidas en 2002, así se cocinaba la doctrina del “ataque preventivo”. Tan sencillo como ser acusado de conspiración terrorista y pasar a convertirse en objetivo militar del Gobierno estadounidense (Montoya, 2005).

En marzo de 2003 comienza la invasión de Irak. La Coalición encabezada por Estados Unidos contaba con el respaldo de Gran Bretaña, Polonia, Portugal, Italia, Dinamarca y Australia, entre otros países. La misión principal era encontrar e inutilizar las armas de destrucción masiva con las que contaba Saddam y, al mismo tiempo, liberar al pueblo iraquí del régimen opresor del dictador. Según Brieger (2003), “la guerra contra Irak es el producto de una conjunción de hechos: la visión imperial de los republicanos una vez desaparecida la Unión Soviética, el petróleo, el control estratégico del Medio Oriente, la

necesidad de debilitar a la Unión Europea, la crisis de la economía estadounidense y la urgencia por tapar algunos escándalos de empresas emblemáticas como Enron”.

Si en la primera Guerra del Golfo, la unidad del mundo árabe se resquebrajó, la ocupación del territorio iraquí en esta segunda intervención provoca un rechazo generalizado de los países árabes hacia la política de EEUU. Hay que recordar que, de inicio, la ONU no apoyó las acciones bélicas, igual que potencias como Rusia y Francia. En conjunto, toda la operación militar y la justificación política sobre las conexiones terroristas de Irak y su arsenal nuclear, fueron una burla al derecho internacional. De hecho, los intentos de la Coalición por imponer un régimen democrático con parámetros occidentales y pasando por alto las diferencias religiosas entre sunitas y chiítas fueron un auténtico desastre.

La captura de Saddam Hussein en 2003 y su posterior ejecución tres años más tarde fueron motivo de portada en todos los medios de comunicación. Pero para entonces Irak ya era un lugar arrasado por los bombardeos estadounidenses. Poco o nada quedaba del régimen anterior. Numerosos grupos terroristas se infiltraron en la resistencia iraquí, y los problemas de seguridad obligaron a la Coalición a replantear varias veces su estrategia. La reconstrucción del país y la transición a la democracia iban a tardar más de lo esperado. Las armas de destrucción masiva no aparecieron, los tesoros arqueológicos del país fueron saqueados y, lo peor de todo, el recuento de víctimas civiles y heridos no dejaba de aumentar.

Algunas conclusiones acerca de lo expuesto

Hemos intentado restituir el itinerario político y discursivo que contribuyó a edificar una figura simbólica difusa: la del enemigo islámico. La aparición de Al Qaeda facilitó al Gobierno de Estados Unidos la concreción de ese enemigo, su ubicación en distintos puntos del globo y, sobre todo, su personificación en Bin Laden. La doctrina de la “guerra preventiva”, la lucha contra el terrorismo como prioridad de las agendas políticas, la polarización del mundo entre *países amigos*, que colaboran como aliados, y *eje del mal*, sospechosos de colaborar con las redes terroristas. Este escenario no sólo tiene que ver con la esfera política, al contrario: hay una retaguardia ideológica y cultural muy potente que escala posiciones e influencia.

Sobre esto último, cobran relevancia las aportaciones de Samuel Huntington y su *choque de civilizaciones*; se recuperan clichés orientalistas y estereotipos latentes sobre los musulmanes; retornan los discursos doctrinales y pseudorreligiosos sobre el Bien y el Mal. Por momentos, se olvida la realidad de un mundo heterogéneo y mestizo para recalcar estúpidas simplificaciones que, en definitiva, refuerzan la idea de un *nosotros* amenazado y que se defiende frente a un *otro* bárbaro y agresor. En medio, una legalidad internacional —representada por la ONU— que ha demostrado su inoperancia y su incapacidad.

Si Bush padre se preocupó por dibujar las nuevas coordenadas de poder tras la caída del Muro de Berlín, Bush hijo retomó esa línea y consumó la hegemonía estadounidense para el siglo XXI. Para ello, el enemigo comunista de antaño se transfigura en enemigo islamista. Los extremos de cada bando —halcones neoliberales y terroristas yihadistas— se retroalimentan haciendo valer su lectura falaz y bipolar de un mundo extraordinariamente complejo que, por encima de cualquier otro proyecto, aspira a vivir en paz.

Notas

[1]: Nos referimos principalmente a la Guerra de Yom Kipur, donde se enfrentó Israel contra Egipto y Siria y que tuvo lugar en 1973.

[2]: En Egipto, a través de los Oficiales Libres en 1952; en Irak en 1958 también a manos de oficiales militares; y en Siria, en 1963, mediante el partido Ba' th.

[3]: Discurso pronunciado por George W. Bush el 20 de septiembre de 2001.
Disponible en <http://www.usinfo.state.gov/xarchives>

[4]: Discurso pronunciado por George W. Bush el 11 de septiembre de 2006.
Disponible en <http://www.usinfo.state.gov/xarchives>

[5]: Discurso pronunciado por George W. Bush en marzo de 2003.
Disponible en <http://www.usinfo.state.gov/xarchives>

Bibliografía

Amin, Samir (1986): *El desarrollo desigual*, Planeta, Barcelona.

Brieger, Pedro (2006): *Qué es Al Qaeda. Terrorismo y violencia política*, Capital Intelectual, Buenos Aires.

— (2003): 'Del 11 de septiembre a la ocupación de Irak', Universidad de Buenos Aires, Instituto de Relaciones Internacionales, Buenos Aires, en: www.ceeri.org.ar/pdf/11sep.pdf

Chomsky, Noam (1992): *Crónicas de la discrepancia*, Visor, Madrid.

Foucault, Michel (2002): *La Arqueología del Saber*, Siglo XXI, Buenos Aires.

Rodríguez Zahar, León (1991): *La revolución islámica-clerical de Irán*, El colegio de México.

Martín Muñoz, Gema (1999): *El Estado Árabe*, Bellaterra, Barcelona.

Mesa Delmonte, Luis (1991): 'Crisis y guerra en el Golfo: un balance inicial', en *Revista de África y Medio Oriente*, Vol. 8, Núm. 1, La Habana.

Montoya, Roberto (2003): *El Imperio Global*, El Ateneo, Buenos Aires.

Revilla Montoya, Pablo César (2005): 'El terrorismo global: un desafío asimétrico que la comunidad internacional debe enfrentar', *II International Relations World Conference: Desarrollo y Cooperación en el Nuevo Milenio*, Perú.

Said, Edward (1990): *Orientalismo*, Libertarias, Madrid.

— (1995): *Gaza y Jericó: Pax americana*, Txalaparta, Navarra.

Zidane, Zeraoui (2004): 'La invasión a Irak y el terrorismo internacional', en *Revista Horizonte, Para una convivencia en Medio Oriente*. Año 3, Núm. 9, Julio.

Páginas web consultadas

<http://usinfo.state.gov>

<http://www.argentina.attac.org>

<http://www.webislam.com>

Resumen

Este ensayo analiza la construcción de una figura simbólica que ha funcionado para justificar la reordenación de las relaciones de poder. Es la invención de un enemigo exterior, procedente del radicalismo islámico, que ha servido a Estados Unidos en sus objetivos de establecer una nueva hegemonía. A partir de la amenaza terrorista, se ha extendido un discurso plano y adulterado que nos mostraba un planeta dividido en dos polos opuestos: un eje virtuoso y civilizado que se ve obligado a atacar para defenderse, y un eje malvado y bárbaro que pone en peligro la seguridad mundial. Pero este proceso fraudulento, que ha sido capaz de vulnerar la legalidad internacional, tiene unas bases políticas, históricas y económicas que conviene desenmascarar.

Palabras clave

Islam, Estados Unidos, Bush, terrorismo, política exterior, guerra de Irak.

Abstract

This essay examines the construction of a symbolic figure who has worked to support the reordering of power relationships. It is the invention of a foreign enemy, Islamic radicalism from which United States has served its objectives of establishing a new hegemony. Since the terrorist threat, has extended a speech level that adulterated and showed us a world divided into two opposite poles: a virtuous and civilized axis that is forced to attack to defend itself, and a barbaric and evil axis that threatens global security. But this process is fraudulent, that has been able to violate international law, has a political, historical and economic issues should be unmasked.

Key words

Islam, United States, Bush, terrorism, foreign policy, Iraq war.